



## María nos envía a transformar el mundo

Sagrado Corazón de la Virgen María

Lucas 2, 41-51

*Sus padres iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron ellos como de costumbre a la fiesta y, al volverse, pasados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo su padres. Pero creyendo que estaría en la caravana, hicieron un día de camino, y le buscaban entre los parientes y conocidos; pero al no encontrarle, se volvieron a Jerusalén en su busca. Y sucedió que, al cabo de tres días, le encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles; todos los que le oían, estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas. Cuando le vieron, quedaron sorprendidos, y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando». El les dijo: «Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?» Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio. Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón.*

### Reflexión

Hoy vamos a meditar sobre el hecho de que la Sma. Virgen nos envía a transformar el mundo.

Si miramos el mundo de hoy, hemos de preguntarnos: ¿Por que los cristianos, en más de 2000 años, hemos cambiado tan poco el mundo? ¿Por que se ha perdido aquel espíritu de conquista, de los apóstoles y primeros cristianos? ¿No será porque se ha vivido el cristianismo de una manera egoísta e individualista? Algo de eso pasa también con algunos santuarios cristianos: se convierten en lugares de refugio, donde la gente solo gira en torno a sus propios problemas, donde se esconde de las exigencias del mundo y de la vida.

El Santuario de Schoenstatt no es un refugio, sino un lugar desde el cual Dios y María nos envían. Nos envían a renovar nuestra cultura y sociedad actuales, a cambiar la historia de la Iglesia y del mundo. Por eso, en nuestro Santuario se nos ofrece la gracia del envío apostólico, la gracia del envío a transformar el mundo. Desde aquí, la Virgen nos manda a transmitir a los hombres de hoy todo lo que Ella nos regaló.

Ahora, ¿cómo podemos nosotros colaborar con esta gracia? ¿Cómo podemos aportar a la transformación del mundo? Creo que debemos empezar por transformar nuestro pequeño mundo personal: nuestro hogar, el entorno familiar, el ambiente de trabajo, vecinos, amigos, grupo de parroquia, etc.

Por lo general no se tratará de hacer cosas extraordinarias, sino de cumplir bien y con amor nuestros deberes de cada día. Y ver estos deberes diarios, por monótonos o pesados que sean, a la luz y al servicio de la gran misión. Porque son el aporte que en ese momento Dios nos pide, para construir un mundo nuevo.

Podemos también salir de nuestro pequeño mundo y ayudar a cambiar el mundo grande de nuestra patria: p.ej. la política, la cultura, los medios de comunicación, la sociedad. Nos esperan muchas y grandes tareas.

Ahora, para poder ser colaboradores aptos de Dios y de la Virgen en la transformación de nuestro mundo, me parece que son necesarias ciertas actitudes.

1. En primer lugar, debemos ser hombres y mujeres filiales. El hijo dice siempre sí a la voluntad del Padre. El hijo lucha por un mundo digno del Padre, donde reinan la fraternidad, la justicia, la paz. Y esa apertura y disponibilidad filial ante Dios es la que permite abrir caminos hacia un mundo nuevo. Porque es la actitud que deja lugar a la actividad paternal e Dios en la historia, tal como lo hizo Cristo. Es ayudar al Padre para que se cumplan sus planes en el mundo.

Se trata aquí de una filialidad madura, propia de un hijo adulto del Padre y corresponsable de su obra. Es el hombre que enfrenta la historia confiado en el Padre y que, por eso, es audaz y creador. Recordemos que la grandeza o la miseria de nuestra vida no se mide por nuestras capacidades ni por nuestros límites, sino por la magnitud de la obra a la que nos consagramos: "Un héroe es quien consagra su vida a lo grande", solía decirnos el P. Fundador.

**2. Una segunda actitud: Dios me ha elegido para que yo sea colaborador suyo, para que a través de mí pueda hacer grandes cosas.** Él quiere utilizarme, para crear conmigo un mundo nuevo. Por eso espera de mí la actitud de instrumento, de instrumento apto en sus manos y en las manos de María. Quiere que me ofrezca y me abandone a Él como su pequeño instrumento.

Sentir que Él está actuando a través de mí, eso me da una gran seguridad frente a la vida y sus desafíos. Y despierta una fuerza creadora extraordinaria. Y ese ha sido el secreto de los santos.

Experimentarnos como instrumentos de María, eso nos da también una gran victoriosidad. Nos convierte en hombres victoriosos, a pesar de nuestras pequeñeces y limitaciones. Es como unir nuestra fragilidad con el poder de María, nuestra impotencia con la omnipotencia del Señor.

3. En tercer lugar: Es imposible ayudar a transformar el mundo sin una fuerte conciencia de misión. Es una tarea demasiado grande. La situación del mundo actual es demasiado difícil. Los instrumentos humanos somos demasiado débiles. Y según el P. Fundador, conciencia de misión ni siquiera es suficiente: tenemos que estar poseídos por la misión. Lo que hace falta, entonces, es sabernos elegidos y enviados personalmente por Dios y por la Mater y, por eso, vivir y vibrar por nuestra misión. El que no cree que tenga una misión divina, va a sucumbir, no va a jugarse por Dios y su obra.

**4. Y por último: Creo que todos nos damos cuenta de que esta misión de transformar el mundo y crear un mundo nuevo, nos convierte en hombres distintos, en hombres y mujeres que viven de manera distinta de los demás.** Tenemos que

actuar de forma diferente en el matrimonio, en la vida familiar, en los negocios y la empresa, en la política, en la relación con los hombres. En todo eso tenemos que distinguirnos de la sociedad actual con sus valores.

También los primeros cristianos tuvieron la audacia de ser distintos. Y por eso crearon un mundo nuevo; un mundo impregnado por los valores cristianos. Ser diferentes significa, muchas veces, pasar por locos, lo mismo que los primeros cristianos pasaron por locos.

Significa también luchar contra el pecado en todas sus formas, empezando por uno mismo, pero también luchar contra muchas situaciones de pecado en el mundo que nos rodea. Es por eso que ya los antiguos cristianos decían: "no sin sangre". El Reino de Dios no avanza sin sangre, sin sacrificio, sin dolor, sin lucha. El mundo no se transforma sin sangre. Por eso, tenemos que arriesgarnos a ser distintos, a pasar por locos, a luchar contra el mal en nosotros mismos - y así vivir anticipadamente el mundo de mañana.

Queridos hermanos, a eso la Virgen nos envía desde su Santuario. Para eso nos ofrece su gracia. ¡Ojalá cada uno de nosotros puede convertirse en un pequeño instrumento de Ella, y así ayudar a transformar nuestro mundo actual y crear un mundo nuevo que sea realmente de Dios!

¡Qué así sea!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

Padre Nicolás Schwizer  
Instituto de los Padres de Schoenstatt